



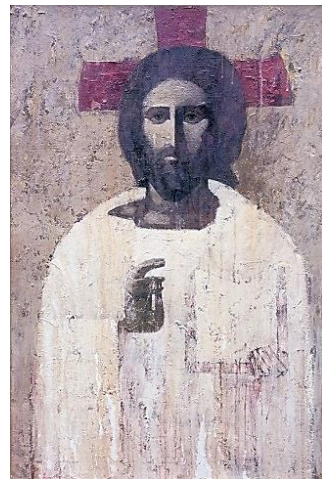
Pan entre tus manos. Vida amasada hasta ser solo alimento y hogar de vida y esperanza para todos.

Miro tu rostro y se me hace demasiado parcial, particular, esquivo en todas sus representaciones. Pero entre tus manos, en el pan, te reconozco, veo la expresión verdadera de tu ser.

Ahí, así eres inconfundible. En ese trozo de pan donde nos recoges contigo, en ese pan donde nos invitas a ponernos en tus manos para hacer juntos una

hogaza sacrificial que alimente el mundo de esperanza, una hogaza de amor donde nadie llame suyo a lo que recibe y a lo que da. Ahí te reconozco, inconfundible, cuando nos reúnes en tu cuerpo para ser tuyos y contigo de todos.

No te escapas de la forma terrosa de nuestro mundo, no quieres dejarla atrás. Y aunque la has vestido para siempre de la luz de tu gloria eterna no huyes de su materia y de su forma. Sobrepuesto a la cruz que queda atrás solo como sello de tu amistad hasta la muerte y aún más allá de ella, no apartas de nosotros tu rostro soberano. Y entre tus manos, eternizada, la bendición del evangelio: Dios como libro abierto que deja ver la luz de su mirada que todo lo abraza y santifica. ¿Qué eres sino la mano de Dios que nos bendice?



Imágenes:

1. Sieder Köder; 2. Weyne Forte; 3. Gijs Frieling; 4. Autor desconocido; 5. Arcabas; 6. Jean Norton; 7. Liviu Dumitrescu; 8. Ventzislav Piriankov.



EN LAS MANOS DEL SEÑOR



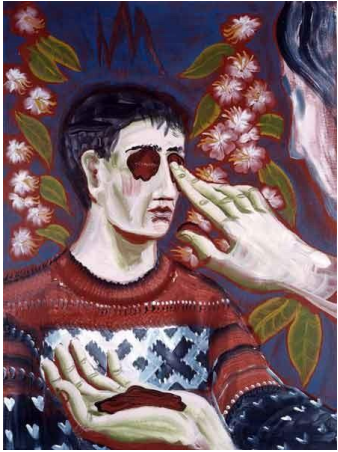
Tierra movediza es este mundo tan propenso a tragarnos, donde aún no se han separado del todo las aguas de la tierra firme y donde solo la fe hace pie. Y, sin embargo, al contacto con los dones del Señor fácilmente olvidamos que no podemos andar sobre las aguas por nosotros mismos: *No vacilaré jamás...*, decimos.

Pero hemos aprendido, queremos aprender, que solo de tu mano encontramos tierra firme y podemos respirar incluso si las aguas espumantes nos cubren con sabor a muerte. Solo necesitamos. volver a la fe, llamarte, y tú extenderás tu mano para ponernos en pie, en la vida y en la muerte.



Llegas a una humanidad doliente que se asoma cada mañana al cielo con una lágrima como oración. Llegas vivaz, aun siendo niño, como un pichón de paloma, aún sin plumas, pero con un brote de olivo en tu mano anunciando la apertura de una tierra nueva, de una tierra firme que tu dedo apunta y que necesitamos aprender de tu palabra que se empieza a pronunciar en tiernos balbuceos de un lenguaje nuevo.

Desnudo de mentira solo buscas un pequeño nido donde hacer crecer la esperanza que nos traes, donde abrir el arco iris en medio de la lluvia de lágrimas de la humanidad.



Todo está rodeado de belleza. Por doquier nace la vida, brota como los pétalos inquietos que se abren para alegría y esperanza del mundo. Pero obsesionados como estamos en ser dueños de la vida, solo vemos la marca de oscuridad y muerte que no logramos esquivar y nos asalta por doquier. *Libra mis ojos de la muerte.*

Tú nos embarras la mirada para que volvamos a contemplar la belleza inicial, para que reconozcamos que somos barro, tierra vivificada por el aliento de tu vida. Lo haces para que nos contemplemos desde ti, que llamas a ser a lo que no existe y lo haces saltar sin medida hasta la vida eterna. ¿Podremos abrir los ojos y contemplar el brillo de eternidad de tu obra, y confiar?



Todo se vuelve estridente, grimoso, la inquietud entra por nuestros ojos y se apodera de la realidad. La misma piel se enerva contemplándolo. Has tocado lo invisible, lo escondido, lo apartado en este mundo artificial de gente bien

que pretende protegerse de la degradación, apartando todo lo que se la recuerde. Como si así pudiéramos escondernos de nuestra propia podredumbre.

Extiendes tu mano y dices ¡Basta! Y con la otra recoges hacia tu cuerpo blanco, de pureza inmaculada, al leproso ofreciéndole un refugio donde encontrar una vida viva. Se la das a él que, tocado por la muerte, había sido enterrado antes de tiempo.

Ahora el que quiera estar contigo tendrá que atreverse a tocar y dejarse contaminar por este amor que espanta.



Tu alma de sacerdote prepara la eucaristía y toma entre sus manos los pies cansados y sucios de la ofrenda que quiere presentar. Los colocas con afecto y ternura en el corporal puro de tu misericordia que los envuelve y serena.

Solo esto quieres, ofrecer tu vida haciéndote uno con nuestro cuerpo de humanidad fatigada. Ofrecerla revivificada por tu amor omniabarcante hacia todos los que caminan sin saber si van a algún sitio o si solo recorren el laberinto cínico de la nada.

Y repites cada día esta ofrenda ante tu Padre: Tú me los has dado y a ti te los devuelvo envueltos con el espíritu de amor que pusiste en mí. Los dejo en tus manos para que los pongas en pie y terminen ellos el camino de su vida mostrando la gloria que les diste.

No dejas de ser una mano tendida. Al principio de niño vulnerable que busca suscitar en nuestra humanidad el amor de madre para que contemplemos el Dios-del-cuidado-eterno que llevamos dentro. Luego para invitarnos a seguirte y para tocar nuestra carne serenando el dolor que nos habita.

Finalmente, incluso cuando tus manos, clavadas a la cruz, parecen no poder hacer nada, tú sigues siendo una mano tendida que ofrece toda su sangre y pide toda la nuestra; una mano confiada, de manera demente, en las posibilidades del amor.

Y así conviertes los clavos de nuestra miseria en atadura de fidelidad a tu misión de darnos vida. Y tu mano queda así extendida para siempre.

